LA CIUDAD

MIRABA la ciudad...
Habrá un arcángel
con las alas plegadas,
un santo lastimando su inocencia,
la mirada de un niño, la pureza
de una muchacha,
el incendiado corazón de un hombre
para purificar de tanto tedio
estas calles con nombres de guerreros,
caballeros y santos;
para librar de su tristeza
—ignorada—la carne de los jóvenes,
para abrir horizontes
a estas pupilas que ahora tienen
por límite su hastío.
Un instante de amor, como la arista
de un diamante, mantiene
en equilibrio tanta luz sin luz;
es suficiente para alzar en vilo
tanto cansancio. Es un milagro
esta ciudad en pie sobre el monótono
runruneo de una piedad cansada,
sobre el andar y desandar la hacienda
de perdidos recuerdos cada día.
Algún agua escondida
limpia esos ojos, lava pura
las manos que se estrechan,
un misterioso viento la estremece
—¿viva está aún?—,
de vez en cuando lanza

su poderosa voz, y un hombre pone
su corazón desnudo al descubierto.
Después todo recobra el viejo paso,
suena el agua de siempre, rompe idéntica
la luz sobre los muros de las casas,
se desmorona poco a poco el arco
bellísimo, se cubren
una vez más las tapias con el musgo
nuevo, esmeralda, y la ciudad recobra
su aire de hermosa ruina.
Miraba la ciudad...
Tan indefensa,
tan hecha de agobiado cansancio,
tan igual a la vida misma,
tan olvidada de los que pisan su tristeza,
tan desasida y pobre,
tan falsa, con su rostro deformado
por unos niños-viejos,
por unos tristes jóvenes,
por unos viejos infantiles,
por unos hombres de corazón vacío,
tan pura, sostenida por su propia belleza.



MERCEDES AGULLÓ